



Libros.com

Calibre 44

Juanjo Ruiz Varela

Los dados trucados de Dios



Índice

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Título y autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Advertencia](#)

[Parte primera](#)

[Parte segunda](#)

[Parte tercera](#)

[Mecenas](#)

[Contraportada](#)

Primera edición digital: abril 2015
Colección Calibre 44

Fotografía de la portada: disponible bajo la licencia Creative Commons
Diseño de la colección: Jorge Chamorro
Corrección: Juan Fernández Rivero

Versión digital realizada por Libros.com

© 2015 Juanjo Ruiz Varela

© 2015 Libros.com

info@libros.com

ISBN digital: 978-84-16176-91-5



Juanjo Ruiz Varela

Los dados trucados de Dios

*A Viví, mi hermana mayor,
mi enana blanca.*

Agradecimientos

A la Dori, mi hermana dos, manantial de risa y estricta correctora. A Mariola, mi maestra y, cómo no, a Inma, que con su valor me ha mostrado el camino de mi vida.

Advertencia

Todo el contenido de esta novela es falso, salvo alguna cosa.

000

La niña, de no más de cinco años, estaba triste. Su papá llevaba varios días llorando y su mamá ya no estaba. Al preguntarle a su papá cuándo volvería mamá, en el desayuno, en la cena, a media tarde, notaba que a su padre se le rompía la voz al dirigirse a ella.

—Mi amor; ya te he dicho que mamá no volverá. Se puso muy malita de repente y no pudimos hacer nada por ella.

—¿Y cuándo la podré volver a ver, papá?

—No lo sé; mi cielo. Es posible que nunca más la podamos volver a ver.

Nunca es una palabra losa para un niño, una palabra que debería estar proscrita de todos los diccionarios infantiles. La tristeza y el malestar que sentía la niña se fue trocando en un resquemor hacia el señor del «NUNCA» en que se había convertido su padre.

Un día su papá la llamó al salón de su casa. Encima de la mesa había un walkman y su papá sostenía en su mano derecha una moneda grande de color dorado que no tenía la cara del señor gordo o del narigudo de pelo

rizado que estaban en las monedas que ella utilizaba para comprar chuches y que a veces le daba su mamá antes de que pasase el NUNCA.

—Te voy a poner una música que te va a gustar mucho. Mientras la oigas quiero que mires la moneda que ahora tengo en mi mano. Es una moneda mágica y cuando la miras un rato puedes ver con tus ojos las cosas que más te gusten.

Su padre le colocó los auriculares del walkman en las orejas y pulsó el botón del «play» del aparato. Al cabo de pocos segundos la niña comenzó a escuchar el sonido de unos tambores que parecía que se acercasen y se alejasen. Mientras tanto su padre hizo girar la moneda de oro sobre la mesa, sin permitir que se cayese o que se detuviese en su giro.

A la niña le gustaba ver cómo la luz se reflejaba en aquella moneda tan extraña y se acordó de que su papá le había dicho que si la miraba podría ver cosas que le gustasen. Pensó en su madre y quiso ver su cara, quiso volver a oler su piel, quiso volver a sentir el contacto de sus manos mientras la peinaba, sus besos en sus mejillas después de ponerle colonia para llevarla al colegio, sentir sus abrazos cuando le daba las buenas noches y oír su voz contándole el cuento de rigor antes de dormir, pero nada de eso sucedió. Sin embargo, siguió mirando la moneda, porque era una niña muy obediente.

Al cabo de un rato su papá dejó de girar la moneda, le quitó los cascos del walkman y le dijo que fuese a buscar su Barbie. La niña fue a su habitación y cogió aquella muñeca tan horrible y que tan poco le gustaba y que le había regalado su madrina. La llevó al salón, sujetándola con dos dedos como si fueran una pinza y transportase basura. Su padre le ordenó que le arrancase los brazos, las piernas y la cabeza, lo que la niña hizo con presteza, aliviada por deshacerse de aquella muñeca anoréxica y con cara de estúpida.

—Muy bien, cariño. Cada vez que papá haga girar esta moneda delante de tus ojos tú la mirarás fijamente y harás lo que papá te diga. ¿Me has entendido?

—Sí, papá, contestó la niña un poco extrañada.

—Ahora coge los trozos de la muñeca y tíralos a la basura.

La niña cogió la muñeca desmembrada y la tiró al cubo de la basura. Y a pesar de que era muy obediente sabía que su papá ya no era su papá, sino el señor del NUNCA, y se preguntó si le hubiese obedecido si en vez de

ordenarle que destrozase la Barbie le hubiese pedido que lo hiciese con la Nancy, que era con la que dormía todas las noches antes del NUNCA y para la que su mamá le hacía vestiditos.

00

Sea $\{A_1, A_2, \dots, A_i, \dots, A_n\}$ un conjunto de sucesos mutuamente excluyentes y exhaustivos, y tales que la probabilidad de cada uno de ellos es distinta de cero (o). Sea B un suceso cualquiera del que se conocen las probabilidades condicionales $P(B|A_i)$. Entonces, la probabilidad $P(A_i|B)$ viene dada por la expresión:

$$P(A_i|B) = \frac{P(B|A_i)P(A_i)}{P(B)}$$

donde:

- $P(A_i)$ son las probabilidades a priori.
- $P(B|A_i)$ es la probabilidad de B en la hipótesis A_i .
- $P(A_i|B)$ son las probabilidades a posteriori.

Thomas Bayes (1763)

Entrada de la Wikipedia.

Parte primera

01

El café se le había vuelto a quedar frío a Alberto. Consultó la hora en el ordenador y se dio cuenta de que de nuevo iba a llegar tarde a la guardería para recoger a Sergio. Aida se enfadaría, también otra vez, y no conseguiría más que otra escena. Fue a levantar el teléfono para llamarla, pero en aquel momento sonó su móvil. Lo encontró detrás de la pantalla del portátil, después de haber buscado en sus bolsillos y debajo de los montones de papeles que adornaban su mesa de trabajo en la universidad. Vio que era Aida la que le llamaba.

—Hola, cariño...

—Se acabó, Alberto; se acabó. No quiero que vengas esta noche a casa. El fin de semana me iré a casa de mi padre con Sergio y es el tiempo que tienes para recoger tus cosas, porque el lunes tiraré todo lo que sea tuyo. No quiero saber nada más de ti. Búscate un abogado porque nos vamos a divorciar.

—Aida, escúchame, por favor, estoy a punto de acabar. No me hagas esto ahora...

—Pues que te vaya bien y que lo acabes en soledad, porque yo ya no te aguanto más. Se acabó.

—Aida, por favor, no me dejes.

—No hay vuelta atrás, Alberto. Y colgó.

Salió cabizbajo de su despacho en la universidad. A pesar de que septiembre se mostraba cálido en todo el hemisferio Norte, un viento frío y húmedo le atenazaba en Santiago. Además, llovía. No sabía dónde ir. De forma rutinaria se dirigió a la parada de autobús para ir a su casa aunque sabía que no debía entrar. Tenía que buscarse un hotel hasta el fin de semana. Anduvo sin rumbo determinado por la ciudad hasta llegar a la plaza Roja. Un coche gris se paró a su lado.

—Hola, Alberto. ¿Te llevo a algún lado?

—¡Hola! Sí, por favor. He tenido un problema con Aida.

—Lo sé, sube al coche.

—¿Lo sabe? ¿Se lo ha dicho ella?

—No; no me lo ha dicho. Lo sé. Sube y te cuento. ¿Quieres un caramelo?
Y Alberto subió vivo por última vez a un coche.

02

Morales estaba de muy buen humor, lo cual no era muy habitual, a pesar de que el nuevo Gobierno lo había restituido a su cargo hacía ya casi dos años. En ese tiempo había sido capaz de cultivar de nuevo la fila de hormigas negras, con algunas canas, que lucía sobre su labio superior. Sabía que estaba entre los suyos, arropado y mimado, aunque en ocasiones se mostrasen excesivamente blandos. Pero con la nueva ley de seguridad ciudadana en la mano las cosas iban a cambiar, y para bien. Se acabaron los escándalos en la calle, los insultos a la autoridad, el desprecio a las tradiciones y la manipulación de la realidad por parte de aquellos piojosos a los que conocía tan bien y a cuyos padres políticos ya había dado su merecido en su momento.

Como reacción a los desmanes tras el consejo de guerra de Burgos de 1970, dejó las prácticas con sus colegas tradicionalistas y de las JONS y se hizo policía, más exactamente, policía de la Brigada Político Social, aprendiz

con y de Billy el Niño. Fue duro tener que dejarse crecer el pelo y la barba, leer un montón de basura marxista y adoptar los modismos de aquellos enemigos de España, pero valió la pena.

Ahora su edad —le quedaban dos años para jubilarse— no le permitiría esa infiltración, a no ser entre los yayoflautas, pero ese grupo de rojos no era peligroso. Le habían encargado formar a los nuevos agentes en las técnicas de combate contra la insurrección y ya había licenciado dos promociones de jóvenes promesas, tanto para el Cuerpo Nacional de Policía como para los Mossos d'Esquadra. Aceptó a regañadientes esta parte de la tarea pero con la práctica comprobó que en Barcelona marcaban el mismo paso, a estos efectos, que en Madrid. Se sentía muy satisfecho de su labor.

Esto era otro factor que alimentaba su buen humor. Tras muchos meses de escuchas infructuosas, por fin había podido grabar a Mario en su despacho. Despacho que sus pupilos habían llenado de micrófonos a modo de ejercicio de preparación. La tarea fue sencilla, porque casi nunca había nadie. Únicamente acudía a aquel destartalado cubículo el propio Mario y solo las tardes de los lunes y los miércoles. El martes sus chicos habían sembrado de cachivaches el cubículo de Mario y ya contaba con material del miércoles. Y ahora se disponía a escuchar con atención las grabaciones. Ya tenía encima de la mesa una libreta y un bolígrafo. Puso en marcha el DVD y se aprestó a tomar nota.

03

Catedrático se suicida en el Gaiás

EFE. El conocido investigador, divulgador científico y catedrático de la Universidad de Santiago, Alberto Meizoso Pereira, de 37 años de edad, ha aparecido muerto en las obras inacabadas del Gaiás. Fuentes de la investigación han señalado que junto al cuerpo ha aparecido una nota manuscrita del fallecido, por lo que todo parece indicar que se trata de un suicidio. La Facultad de Ciencias Físicas de la Universidad de Santiago ha decretado un día de luto oficial por «la pérdida irremplazable sufrida».

A pesar de todos los años que llevaba en aquella húmeda tierra, Lluís no acababa de acostumbrarse al casi continuo paraguas gris que cubría el cielo,

supuestamente azul. Miró por la ventana para confirmar que seguía lloviendo; sin acritud, sin estridencias, sin parar. Suspiró. En ocasiones sentía que su vida era como aquellos efímeros riachuelos que la lluvia creaba en las pistas forestales que rodeaban su casa. Suspiró de nuevo mientras recortaba la noticia de La Voz de Galicia para pegarla en su álbum particular, como llevaba haciendo más de treinta años con todas las noticias extrañas publicadas en un diario peculiar de un país distinto a todo lo que conocía, que no era poco.

Aunque era un probo adicto a las nuevas tecnologías, seguía sucumbiendo a la tentación del recorte encolado en sus álbumes DIN A3 de noventa gramos, encuadernados con tapas duras de color beige con el año correspondiente grabado en el lomo con caracteres dorados.

Las tardes más melancólicas, cuando la lluvia arreciaba con ánimo disuasorio arrinconando cualquier intención de salir de casa más allá de coger el coche para hacer la compra o ir al bar a jugar una partida de tute, se entretenía en la lectura de aquellos trozos amarillentos de la historia pintoresca y reciente de Galicia.

El tema de los suicidios comenzó a interesarle desde que conoció al primer Alcalde democrático de Ferrol tras la dictadura, forense de profesión y riguroso amanuense de la crónica de decesos voluntarios de la comarca. Don Jaime, nombre al que respondía el Alcalde, entraba en éxtasis estadístico cuando parolaba sobre las diferencias del modus operandi en función del sexo de los finados, la edad, su extracto social, su hábitat, la humedad relativa y el viento dominante.

No solo atesoraba una impresionante cronología sobre suicidios, sino que las páginas de sus álbumes guardaban desde el artículo sobre el champiñón de cuarenta y cinco kilos, pasando por los niños que eran llevados en carretilla desde su casa hasta la parada del bus escolar en la recóndita montaña lucense, o los estrambóticos usos de materiales reciclados para cerrar fincas o servir de buzones, en línea con lo que se venía a llamar feísmo gallego. Pero no faltaban las noticias más singulares, los grandes desastres y los conflictos más ruidosos. Tenía un collage de la contemporánea historia paralela de Galicia en treinta y cinco tomos.

Alberto, treinta y siete años, un gran talento. ¿Qué le habrá llevado a suicidarse?, pensó. Cogió las tijeras y recortó la noticia. Abrió su álbum del 2013, aún sin encuadernar y pegó con esmero aquel trozo de papel que anunciaba la pérdida de una vida; una más.

04

Mario Durán Flores era un fracasado vital y, quizás por ello, moderadamente feliz. Su primer encuentro con la realidad humana, áspera e incómoda, se produjo a los siete años con su propia madre como oponente, cuando ésta le dio su palabra de honor en cuanto a devolverle las quinientas pesetas que Mario había recibido de su madrina el día de su comunión. Nada más caer el billete en manos de su madre, un trozo de papel timbre azul y con un señor con boina retratado, ella le dijo con sorna que las mujeres no tenían palabra de honor y nunca más le fue restituida esa cantidad ni en monedas, en cómodos plazos, ni de una tacada.

Quinientas pesetas de los años sesenta del siglo veinte eran una pequeña fortuna para un chaval de siete años: ciento dieciséis fichas de los autos de choque, quinientos paquetes de pipas, de maíz tostado sidral o quinientas piruletas, doscientos cincuenta polos de limón (los de naranja no le gustaban) o dos mil Sugus; ¡dos mil Sugus! En vez de aprender de aquella experiencia insistió en el error y confió, por este orden, en la religión, la ciencia y la extrema izquierda, que se le fueron llevando todos sus billetes de quinientas pesetas cobijados bajo distintos soportes, ya fuesen esperanza, razón o solidaridad.

En las fiestas adolescentes era él quien consolaba a las novias plantadas de sus amigos y les preparaba café con sal con la vana esperanza de aliviar la borrachera que ellas cogían para aplacar, también en un fútil empeño, los males de su amor despechado y despreciado. Lo mismo le sucedía cuando se trasladaba desde Madrid al pueblo de su padre en Albacete; en las fiestas patronales era el dispensador automático de cafés con sal.

Con los amigos tampoco le fue de distinta forma y fue traicionado, ignorado y ninguneado con una frecuencia tan metódica que le hubiese servido para establecer un patrón. En cuanto a amores juveniles la cosa no

pintaba de forma distinta, pero en este caso, vista la experiencia previa de los cafés con sal, nunca optó por ahogar sus penas en alcohol, ya que tenía bien grabada en la memoria la penosa imagen de aquellas jovencitas boqueando y llorando, con el rímel corrido y la boca llena de incoherencias acompañando al vómito en un discurso incomprensible.

Sus efímeras parejas le engañaban con otros, normalmente sus amigos más cercanos, con una asiduidad pasmosa y cuando le dejaban lo hacían con tal sarta de reproches que parecía que era él quien las dejaba, que era él el que se acostaba con otras, que era él quien cambiaba de opinión trece veces por minuto; en fin, que era él la causa y efecto de una relación imposible.

A pesar de ello y contra todo pronóstico consiguió casarse en dos ocasiones, ya con el título de abogado en el bolsillo. Optó por la abogacía como futuro profesional a los catorce años, cuando un inspector del sindicato vertical lo echó de malos modos de su despacho cuando fue a denunciar que en la empresa en la que trabajaba y que dirigía su padre no se proveía de botas de seguridad.

La primera de sus esposas se fue sin ni tan siquiera dejar una nota de despedida, pero al menos no lo exprimió económicamente como sí hizo la segunda. Su nómina fue embargada y se quedó sin el piso que estaba pagando mes a mes mediante una hipoteca sangrante. No había hijos que justificasen la pensión, ni malos tratos que inclinasen al juez de turno al tremendo castigo al que fue sometido. Cuando se enteró de que su abogado en el litigio matrimonial y su exesposa estaban liados no le quedaban ni fuerzas ni ánimos para emprender ninguna acción contra ellos, convencido de que acabaría peor de como empezase.

Había encontrado cobijo en CCOO, donde su fracaso personal no desentonaba con el fracaso colectivo que amparaban las siglas del sindicato. Durante más de veinte años participó activamente en convenios colectivos, demandas individuales y elecciones sindicales, hasta que la crisis le puso de patitas en la calle y con la magra indemnización de veinte días por año que tanto había rechazado el sindicato que representaba.

Mario nunca había sido una persona ambiciosa en ningún campo de la actividad humana y se contentaba con el placer que le producía la lectura de

novelas policíacas, género en el que acabó siendo un gran experto desconocido.

Dedicó parte de la indemnización del despido en el pago del alquiler y mobiliario de un despacho madrileño centrado en el seguimiento y obtención de pruebas de separaciones matrimoniales, aunque apenas lo utilizaba. Contaba con una red de detectives aficionados en todo el país, que había captado de entre sus excompañeros de sindicato, eyectados del mismo en similares circunstancias que la suya. Hombres y mujeres en su mayor parte anodinos y que pasaban desapercibidos hasta en el Metro; personas que de tan grises eran casi transparentes, caras que ni camareros ni taxistas serían capaces de recordar tan siquiera bajo la presión de un tercer grado.

Aunque parezca mentira, el negocio prosperó. La inversión en los gadgets punteros en el mercado con los que equipó a su red de detectives y la pericia innata de estos en el cotilleo, labrada en horas y horas de aburrimiento feroz en secciones sindicales y comités de empresa, permitió a Mario aportar pruebas fehacientes de infidelidades ocultas a todos menos a sus sagaces sabuesos.

No dejaba de asombrarse de las energías y dineros que ciertas personas estaban dispuestas a derrochar con tal de machacar, triturar y laminar al o a la que hasta hacía poco tiempo había sido su complemento en la andadura de un camino que adornaban con flores de plástico y desodorante, recibiendo el pomposo nombre de vida en común.

Las triquiñuelas de los empresarios y sus abogados eran pura filfa comparadas con la crueldad refinada de mujeres y hombres engañados y que no eran capaces de asimilar que existen cruces, atajos, calles principales y carreteras secundarias en el mapa de la vida y que él tan bien conocía. Su fracaso personal le ayudó a triunfar en el fracaso existencial de los demás.

Algunos de los casos en los que participó tuvieron la suficiente repercusión mediática como para que la policía se fijase en él y su lista de clientes en espera se fuese agrandando lo suficiente como para que tuviese que derivar faena a compañeros de profesión con más nombre y raigambre pero faltos de la perspectiva del negocio con la que él contaba. Jugadores de fútbol, famosillos de la televisión, políticos y banqueros habían ayudado a nutrir su cuenta corriente y la de sus colaboradores.